

41-66



EL MINISTERIO D INSTRUCCIÓN
PÚBLICA Y BELLAS ARTES
A LOS ALUMNOS DE
LOS INSTITUTOS Y
ESCUELAS NA~
CIONALES EN
EL~14~DE
ABRIL D
1934



66



EMILIO CASTELAR

ESPAÑA

El planeta entero guarda por todas partes testimonios, como del fuego creador, del genio español. No podéis ir a la cuna del sol sin hallar la estela de las naves lusitanas, ni al ocaso del sol sin encontrar la estela de las naves españolas, pues sin exageración puede decirse que la península Ibérica ha redondeado el planeta y ceñídolo, como de un zodíaco indeleble, con la guirnalda de sus hazañas y de sus glorias. Los árboles de la India asiática murmuran las estancias de Camoens, y la sombra del Cabo de las Tormentas el nombre de Gama; los fuertes legionarios que acampan a las orillas del Danubio por las llanuras de Rumania, aquellos legionarios de Trajano, cuyos férreos pechos opusieron como vivas murallas tanta resistencia a las irrupciones bárbaras, consagran religioso culto a su patria, Sevilla, y suspiran por el Guadalquivir, el río de sus padres; la hermosa Grecia no puede olvidar que en la Edad Media supimos defenderla contra sus enemigos con las huestes catalanas y aragonesas; dice la isla que oyó el pensamiento de Pitágoras y el cántico de Teócrito cómo vivió feliz y libre bajo nuestro techo cinco siglos; y cuenta la sirena de Tirreno, la helénica Parthénope, en sus playas resonantes, cómo le dimos la salud con los trabajos hercúleos que desecaron sus pestilentes lagunas, y la libertad con las batallas sangrientas que destruyeron a los tiranos angevinos; por los muelles de Venecia se ven a la luz del cielo, reverberado por las aguas del Adriático,

en los brillantísimos cuadros donde cruje la seda y brilla el tisú, entre los patricios republicanos, a los héroes de Lepanto; Túnez, Trípoli, Orán, Argel, guardan memoria de nuestro esfuerzo, como Tánger, Ceuta, Tetuán, blasones de nuestras coronas; el mundo americano murmura que los españoles tuvieron la revelación de su ignorada existencia y exploraron ríos como el Amazonas y el Mississipí, y subieron a cordilleras como los Andes, y confiaron por vez primera el nombre de su Criador a las selvas cuyos árboles parecían pertenecer a los primeros días de la creación, y fundaron esos coros de ciudades extendidos desde la Carolina y la Virginia hasta Chile y el Perú; las aguas del Pacífico publican que la nave *Victoria* surcó por vez primera sus senos; que el estrecho de Magallanes en la tierra y la cruz de Magallanes en el cielo, designan y califican eternamente el hemisferio austral; que nuestras manos, las manos de los portugueses y de los españoles unidas de India a India, redondearon el planeta, y que nuestros pilotos dieron por vez primera la vuelta al mundo y circunnavegaron los mares.

Pero sobre todas nuestras creaciones se levanta la creación por excelencia del ingenio español, se levanta nuestra lengua, verbo de un espíritu que, si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con luz más clara en lo porvenir, puesto que no sólo tendrá este territorio y estas nuestras gentes, sino, allende los mares, territorios vastísimos y pueblos libres e independientes, unidos con nosotros así por las afinidades de la sangre y de la raza como por las más íntimas y más espirituales del habla y del pensamiento, cuya virtud nos obligaría ciertamente a continuar en el Viejo y en el Nuevo Mundo una historia nueva, digna de la antigua y gloriosísima historia.

ROMANCE DEL INFANTE ARNALDOS

¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el infante Arnaldos
la mañana de San Juan!
Andando a buscar la caza
para su falcón cebar,
vió venir una galera
que a tierra quiere llegar;
las velas trae de sedas,
la jarcia de oro torzal,
áncoras tiene de plata,
tablas de fino coral.
Marinero que la guía
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan al hondo,
arriba los hace andar;
las aves que van volando,
al mástil vienen posar.
Allí habló el infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por tu vida, el marinero,
dígame ora ese cantar.
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué a dar:
—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

“EL AMAZONAS Y EL PLATA”

Más de una vez, pasando la mirada por el mapa de nuestra América, me he detenido a considerar las líneas majestuosas de esos dos grandes ríos del continente: el Amazonas y el Plata, el rey de la cuenca hidrográfica del Norte y el rey de la cuenca hidrográfica del Sur; ambos, rivales en las magnificencias de la naturaleza y en los prestigios de la leyenda y de la historia; y tan extraordinariamente grandes que, por explicable coincidencia, sus descubridores, maravillados y heridos de la misma duda de si era un mar o un río lo que tenían delante, pusieron a ambos ríos el mismo nombre hiperbólico: “Mar Dulce” llamó Yáñez Pinzón al Amazonas, y “Mar Dulce”, también, llamó al Plata Díaz de Solís.

Venido el uno, el Amazonas, donde se sueltan sus niñeces de Marañón, de las fundidas nieves de los Andes, rompe, desgobernado y tortuoso, entre el misterio de las selvas; recoge a su paso el enorme caudal de centenares de ríos y de lagos, y ya fuerte y soberbio, corre, buscando la cuna del sol, hacia el Oriente, se empina hasta tocar la misma línea equinoccial, y repeliendo la resistencia orgullosa del Océano con la convulsión suprema del Pororoca, se precipita sobre él como un titánico jinete, y cabalga leguas y leguas dentro del mar. El otro, el nuestro, el Plata, amamantado en su primer avatar del Paraná con las aguas de la meseta central americana, no lejos de donde toman su vertiente tributarios del Amazonas, crece al arrullo de la floresta

guaranítica; subyuga, a uno y otro lado, la ingente multitud de sus vasallos, y descendiendo con su séquito en dirección a las latitudes templadas del Sur, donde el Polo y el Trópico sellan sus paces, cruza, al sentirse grande, sus dos brazos ciclópeos del Paraná y el Uruguay, y se echa en el mar, de un empuje de su pecho gigante, en el más ancho estuario del mundo.

Yo veo simbolizado en el curso de los dos ríos colosales, nacidos del corazón de nuestra América y que se reparten en la extensión del continente el tributo de las aguas, el destino histórico de esas dos mitades de la raza ibérica, que comparten también entre sí la historia y el porvenir del Nuevo Mundo: los lusoamericanos y los hispanoamericanos, los portugueses de América y los españoles de América; venidos de inmediatos orígenes étnicos, como aquellos dos grandes ríos se acercan en las nacientes de sus tributarios; confundándose y entrecruzándose a menudo en sus exploraciones y conquistas, como a menudo se confunden para el geógrafo los declives de ambas cuencas hidrográficas; convulsos e impetuosos en la edad heroica de sus aventuras y proezas, como aquellos ríos en su crecer; y serenando luego majestuosamente el ritmo de su historia, como ellos serenan, al ensancharse, el ritmo de sus aguas, para verter en el Océano inmenso del espíritu humano, amargo y salobre con el dolor y el esfuerzo de los siglos, su eterno tributo de aguas dulces: las aguas dulces de un porvenir transfigurado por la justicia, por la paz, por la grande amistad de los hombres!

GIL VICENTE

CÁNTIGA

¡Muy graciosa es la doncella,
cómo es bella y hermosa!
Digas tú, el marinero
que en las naves vivías,
si la nave o la vela o la estrella
es tan bella.

Digas tú, el caballero
que las armas vestías,
si el caballo o las armas o la guerra
es tan bella.

Digas tú, el pastoreico
que el ganadico guardas,
si el ganado o los valles o la sierra
es tan bella.

JUAN MARAGALL

LA PALABRA

Así, pues, yo creo que la palabra es la maravilla mayor del mundo, porque en ella se abrazan y confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza.

Parece que la tierra use de todas sus fuerzas en llegar a producir el hombre como el más alto sentido de sí misma, y que el hombre use toda la fuerza de su ser en producir la palabra.

Veis al hombre en su silencio, y os parece nada más que un ser animal más o menos perfecto. Pero poco a poco se animan sus facciones, un principio de expresión ilumina sus ojos con una luz espiritual, muévense sus labios, vibra el aire en una variedad sutil, y esta vibración material, materialmente percibida por el sentido, trae en sí esta cosa imaterial desveladora del espíritu: la idea.

¡Cómo! Oís el rumor del viento, y el ruido del agua, y el fragor del trueno, que dejan en vuestro espíritu una gran vaguedad de sentimiento, y bastará con que un niño muy pequeño, que apenas se hace oír, diga suavemente: ¡Madre!, para que, ¡oh maravilla!, todo el mundo espiritual vibre vivamente en el fondo de vuestras entrañas. Un sutil movimiento del aire os hace presente la inmensa variedad del mundo y suscita en vosotros un fuerte presentimiento de lo infinito desconocido.

¡Cosa sagrada! Dice San Juan que en el principio era la palabra, y que la palabra estaba en Dios, y la palabra era Dios, y que por ella fueron he-

chas todas las cosas, y que la palabra se hizo carne y habitó en nosotros. ¡Qué abismo de luz!

¡Con qué santo temor deberíamos hablar, pues! Habiendo en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberíamos hablar como encantados, como deslumbrados. Porque no hay nombre, por ínfima cosa que nos represente, que no haya nacido en un instante de inspiración, reflejando algo de la luz infinita que engendró el mundo. ¿Cómo podemos, pues, hablar tan fríamente y en tal abundancia? Por esto solemos escucharnos unos a otros con tanta indiferencia; porque el hábito del demasiado hablar y del demasiado oír embota en nosotros el sentimiento de la santidad de la palabra. Deberíamos hablar mucho menos y sólo por un profundo anhelo de expresión, cuando el espíritu en su plenitud se estremece, y las palabras brotan como las flores en la primavera. Cuando una rama no puede más con la primavera que lleva dentro, entre la abundancia de las hojas brota una flor como expresión maravillosa. ¿No veis en la quietud de las plantas su admiración de florecer? Así nosotros cuando brota en nuestros labios la palabra verdadera.

RUBEN DARIO

COSAS DEL CID

“Babieca”, descansando del huracán guerrero,
tranquilo paze, mientras el bravo caballero
sale a gozar del aire de la estación florida.
Rie la primavera, y el vuelo de la vida
abre lirios y sueños en el jardín del mundo.
Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,
por una senda en donde, bajo el sol glorioso,
tendiéndole la mano, le detiene un leproso.

Frente a frente, el soberbio príncipe del estrago
y la victoria, joven, bello como Santiago,
y el horror animado, la viviente carroña
que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo,
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.

—¡Oh, Cid, una limosna!—dice el precito.

—Hermano,
te ofrezco la desnuda limosna de mi mano—
dice el Cid; y, quitando su férreo guante, extiende
la diestra al miserable, que llora y que comprende.

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano
el Cid, siguió su rumbo por la primavera
senda. Un pájaro daba su nota de cristal
en un árbol. El cielo profundo desleía
un perfume de gracia en la gloria del día.
Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;
el alma de las flores iba por los caminos
a unirse a la piadosa voz de los peregrinos;
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,
iba cual si llevase una estrella en el pecho.
Cuando de la campiña, aromada de esencia
sutil, salió una niña vestida de inocencia,

una niña que fuera una mujer, de franca
y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca.
Una niña que fuera un hada, o que surgiera
encarnación de la divina primavera.

Y fué al Cid, y le dijo: —Alma de amor y fuego,
por Jimena y por Dios, un regalo te entrego:
esta rosa naciente y este fresco laurel.

Y el Cid, sobre su yelmo las frescas hojas siente,
en su guante de hierro hay una flor naciente,
y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.

FRAY LUÍS DE GRANADA

EL DELEITE HACE LAS OBRAS

Cuando oímos deshacerse la golondrina y el ruiseñor y el jilguerito y el canario cantando, entendamos que si aquella música deleita nuestros oídos, no menos deleita al pajarico que canta. Lo cual vemos que no hace cuando está doliente o cuando el tiempo es cargado y triste. Porque de otra manera, ¿cómo podría el ruiseñor cantar las noches enteras, si él no gustase de su música, pues, como dice la filosofía, el deleite hace las obras? Cuando vemos otrosí los becerrillos correr con grande orgullo de una parte a otra, y los corderillos y cabrillitos apartarse de la manada de los padres ancianos y repartidos en dos puestos escaramuzar los unos con los otros y acometer unos y huir otros, ¿quién dirá que no se haga esto con grande alegría y contentamiento dellos? Y cuando vemos juguetear entre sí los gatillos y los perrillos y luchar los unos con los otros y caer ya debajo, ya encima, y morderse blandamente sin hacerse daño, ¿quién no ve allí el contentamiento con que esto hacen? Ni menos se huelgan los peces en nadar, y las aves en volar, y el milano cuando está haciendo presapas y contenencias, y batiendo las alas en el aire.

ÚLTIMO ESCRITO DE CERVANTES

PRÓLOGO DE LOS "TRABAJOS DE PERSILES Y SEGISMUNDA"

Sucedió, pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes, y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que a mis espaldas venía picando con gran priesa uno que, al parecer, traía deseos de alcanzarnos, y aun lo mostró, dándonos voces que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venía vestido de pardo, anti-parras, zapato redondo, y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales; verdad es, no traía más de dos, porque se le venía a un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla. Llegando a nosotros, dijo: Vuesas Mercedes van a alcanzar algún oficio o prebenda a la Corte, pues allá está Su Ilustrísima de Toledo y Su Majestad, ni más ni menos, según la priesa con que caminan, que en verdad que a mi burra se le ha cantado el victor de caminante más de una vez. A lo cual respondió uno de mis compañeros: El rocín del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa de esto, porque es algo pasilargo. Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes, cuando, apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojín y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió a mí, y acudiendo a asirme de la mano izquierda, dijo: Sí, sí, éste es el manco sano, el famoso todo, el escri-

tor alegre, y, finalmente, el regocijo de las musas. Yo, que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder a ellas, y así, abrazándole por el cuello, con lo que eché a perder de todo punto la valona, le dije: Ese es un error, en que han caído muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho Vuesa Merced: vuelva a cobrar su burra, y suba, y caminemos en buena conversación lo poco que nos falta del camino. Hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algún tanto más las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento, diciendo: Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese: Vuesa Merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará, sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo, pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito, como si para sólo eso hubiera nacido; mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que a más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado Vuesa Merced a conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que Vuesa Merced me ha mostrado—. En esto llegamos a la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó a entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos ganas de decirla y yo mayor gana de escucharla. Tornéle a abrazar, volvíoseme a ofrecer, picó a su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien había dado gran ocasión a mi pluma para escribir donaires; pero no son todos los tiempos unos: tiempo vendrá quizá, donde andando este roto hilo diga lo que aquí me falta, y lo

que sé convenia. Adiós, gracias, adiós, donaires,
adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo,
y deseando veros presto contentos en la otra vida.

DEDICATORIA

A DON PEDRO FERNÁNDEZ DE CASTRO, CONDE DE LEMOS

Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: "Puesto ya el pie en el estribo", quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir... Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos...

Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardín* y del famoso *Bernardo*. Si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá Vuesa Excelencia, y con ellas el fin de la *Galatea*...

De Madrid a 19 de Abril de 1616 años.

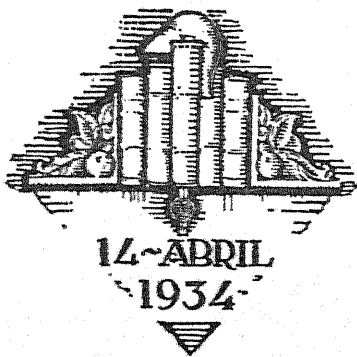
ROSALÍA DE CASTRO

LA MARGARITA

En mi pequeño huerto
brilla la sonrosada margarita,
tan fecunda y humilde,
como agreste y sencilla.

Ella borda primores en el césped,
y finge maravillas
entre el fresco verdor de las praderas
do proyectan su sombra las encinas,
y a orillas de la fuente y del arroyo
que recorre en silencio las umbrías.

Y cuando el pie la huella, ella revive
y vuelve a levantarse siempre limpia,
a semejanza de las almas blancas
que en vano quiere ennegrecer la envidia.



41